

12° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 07.09.2013

Hoy, tal como prometí, quisiera meditar junto con vosotros sobre la paz en la Regla de san Benito, para hacernos ayudar por él a vivir la intercesión por la paz que el Papa Francisco nos pide, sobre todo, en este día de ayuno y oración por la paz en Siria y en el mundo.

Sabéis que la paz, la *pax*, ha sido siempre considerada como la característica principal del monacato según San Benito. Pero quizá no nos preguntamos suficientemente por qué y en qué sentido. Busquemos entenderlo a través de la Regla.

San Benito habla por primera vez de la paz en el Prólogo de la Regla y lo hace citando el salmo 33, cuando da las primeras instrucciones para “alcanzar la vida verdadera y eterna” al hombre que ha dicho “¡Yo!” al Señor, que buscaba entre la multitud “su obrero” gritando: “¿Hay un hombre que quiera la vida y desee ver días felices?” (cfr. RB Pról. 14-16). Estas primeras instrucciones del salmo 33 son, por lo tanto: “Si quieres gozar de una vida verdadera y eterna, «guarda tu lengua del mal; tus labios, de la falsedad; obra el bien, busca la paz y corre tras ella»” (Pról. 17; Sal 33,14-15).

Como decía ayer, la paz es una forma de relación entre los seres humanos que renuncia al mal. Aquí san Benito insiste sobre la necesidad de esta “inocencia”, de esta renuncia a dañar, a hacer el mal, para comenzar un camino de paz. El mal que destruye la paz es el mal que podemos provocar y entremezclar en las relaciones, sobre todo con la palabra que dice el mal, que profiere mentira. La palabra que hace mal es la palabra que hiere y mata la relación, que rompe la comunión con el otro. La violencia comienza allí donde permitimos al mal romper la relación con el hermano, arruinarla, hacerla falsa. Es ahí donde rechazamos la paz.

Pero la invitación que san Benito nos dirige con el salmo 33 es una invitación a buscar la paz y a perseguirla: “*inquire pacem et sequere eam*”. Por lo tanto, la paz no es un bien que podemos tener entre las manos, que podemos poseer: es un bien a buscar y a seguir, como una persona amada que camina delante de nosotros. Se diría que la paz fuese para san Benito como el esposo del Cántico de los Cantares, que parece siempre huir del alcance de la esposa, y que la esposa debe siempre ponerse a buscar y a seguir por los caminos de la ciudad.

Este es un aspecto de la paz que recorre toda la Regla. La paz no es jamás un bien poseído de una vez por todas, no es un tesoro que podemos cerrar en nuestras arcas. La paz es una realidad que hay que buscar siempre. La paz, por lo tanto, no es obra nuestra, no es un producto de nuestras manos, no es algo que proviene de nosotros; debemos pedirla y acogerla de Otro.

En el capítulo 4 sobre los instrumentos de las buenas obras, san Benito nos ofrece dos palabras muy iluminadoras sobre la paz. La primera es: “No dar paz falsa” (RB 4,25) y la segunda es: “Volver a la paz antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia” (RB 4,73).

Pienso con frecuencia en la primera frase cuando nos damos el signo de la paz antes de la Comunión. Se han dado periodos de mi vida en el monasterio en los que me preguntaba si mi signo de paz no era fingido. Pienso que es una experiencia muy difusa: en la Eucaristía de la Misa conventual, sucede con frecuencia que es al hermano y hermana con quien tenemos más problemas al que encontramos para dar el signo de la paz. Esto también porque es inevitable que tengamos más problemas con quien tenemos cerca que con quien está lejos. Es lo mismo que sucede en las familias: con el tiempo, es más difícil la relación con el propio marido o la propia mujer que con cualquier otro en el mundo. En una comunidad, normalmente es más difícil la relación entre un abad y su prior, que entre un abad y el último de los novicios. También porque están más cerca y la relación es más real que ideal. Ahora bien, es verdad que podemos sentirnos hipócritas al dar el signo de la paz si se piensa en aquel momento en la frase de san Benito: “No dar paz falsa”. ¿Quizá deberíamos abstenernos de vez en cuando del signo de la paz en la Eucaristía?

Pero ¿cuándo es verdaderamente falsa la paz que damos? La Regla nos responde en todo lugar en el que nos habla de la paz. La paz es falsa cuando tenemos la pretensión de dar a otro una paz que poseemos, una paz nuestra, una paz de la que seríamos capaces nosotros. Pero san Benito no nos pide esto, porque sabe que el hombre no es capaz por sí solo de poseer y dar la paz. La paz verdadera no es la que poseemos, sino la que buscamos, la que perseguimos, y, sobre todo, la paz que rogamos, que mendigamos al Dios de la Paz.

Por lo tanto, cuando damos el signo de la paz a nuestro hermano, y quizá nos sentimos como Caín que abraza a Abel con el deseo de darle un buen golpe en la cabeza, cuando damos el signo de la paz, el signo será verdadero, será siempre verdadero y jamás falso si en aquel momento, más que darla, rogamos la paz, se la pedimos a Dios, al Espíritu Santo, cuyo fruto en nosotros es “amor, alegría, paz...” (cfr. Gal. 5,22). La falsedad no se ha perdido en nuestro corazón cuando tenemos la pretensión de poseer lo que damos, sino cuando lo rogamos, cuando damos como pobres que mendigan el don de Dios que están haciendo.

De esta forma, podemos entender la segunda frase del capítulo 4 de la Regla: “Volver a la paz antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia – *Cum discordante ante solis occasum in pacem redire*” (RB 4,73). La paz se presenta aquí como una dimensión a la que volver y en la que entrar de nuevo, como dos hermanos que por la noche vuelven a casa después de un día de lejanía y división.

Volver a la paz: aquí la paz no está en nosotros, no es nuestra, no está en nuestras manos: más bien está en la casa del padre a la que volvemos y en la cual los “discordantes” reencuentran la comunión. *“Cum discordante (...) in pacem redire”*. La discordia es la división de los corazones. Su contrario es la concordia, la comunión de los corazones. En la morada de la paz de Dios, lo que está dividido se recompone. El hermano o la hermana de cuyo corazón se ha separado mi corazón, lo encuentro en la paz, encuentro su corazón y mi corazón, unidos más allá de nosotros mismos. Entonces, el día en su puesta de sol no termina mal, y nuestra noche estará habitada de una luz nueva, más luminosa que nuestras tinieblas.

Notemos que este instrumento de las buenas obras, lo incluye san Benito entre otros dos muy significativos: “Orar por los enemigos en el amor de Cristo” (RB 4, 72) y “Jamás desesperar de la misericordia de Dios” (RB 4,74). Es como si la paz de la concordia fuese insertada aquí entre el amor de Cristo que reza por los enemigos y el amor misericordioso del Padre del que nunca debemos desesperar. La paz es posible solo si es generada y alimentada por el amor y la oración de Cristo y por la misericordia invencible del Padre. Estos tres últimos instrumentos de las buenas obras forman de este modo como una doxología trinitaria del capítulo 4 de la Regla: el amor de Cristo, la misericordia del Padre y, en el medio, la paz de la concordia, la paz del Espíritu Santo, del Espíritu de la comunión del Padre y del Hijo, ofrecida y dada a los pecadores.

No consigo terminar hoy de hablar del tema de la paz en la Regla. Continuaré el lunes. Pero para esta jornada de oración y ayuno por la paz convocada por el Papa Francisco pienso que lo que hemos visto hoy es suficiente para ayudarnos a entender por qué se necesita orar por la paz. La paz es un don que hay que pedir y acoger. La paz es verdadera cuando la pedimos al Señor: al amor crucificado de Cristo que ora por los enemigos; a la misericordia del Padre que quiere reunirnos a todos sus hijos en su casa; a la comunión del Espíritu que reconcilia los corazones divididos. Siempre es necesario que la oración que se abre a la paz de Dios se inserte en la herida de la discordia, de la división entre las personas y los pueblos, de modo que Dios pueda encontrar en el fondo de esta herida el humilde consentimiento que permita a su paz penetrar en el mundo. Por esto, la paz la debemos pedir a la Virgen, Reina de la Paz, confiándonos al “Sí” total al amor de Dios de su Corazón Inmaculado.

Meditar sobre la Regla nos hace también conscientes que para nosotros esta búsqueda y este mendigar incansable de la paz es una tarea, una responsabilidad, una vocación, a encarnar en las relaciones diarias en la comunidad, pero sin olvidar nunca que estamos llamados a esto para acoger la paz de Dios para toda la humanidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist